

Orientación – Textos

hacia las #31 Jornadas Anuales de la EOL

Tener un cuerpo

Por Jacques-Alain Miller

jornadaseol.ar



Tener un cuerpo*

Por Jacques-Alain Miller

No quiero dar hoy un paso adelante, sino más bien mirar hacia atrás para situar el punto en que me encuentro. El punto en que me encuentro en relación con lo que pienso y lo que hoy pienso, es que fui formado por la enseñanza de Lacan para concebir al sujeto como falta en ser, como no sustancial. Este pensamiento, esta concepción tiene incidencias, incluso una incidencia radical en la práctica del análisis. Lo que pienso es que en la última enseñanza de Lacan, es decir en sus indicaciones –que con el curso del tiempo se vuelven cada vez más parciales y enigmáticas, que nos demandan que se deba poner mucho de sí–, la falta en ser, la mira del sujeto como falta en ser se desvanece, desaparece. Entonces en el lugar de esa categoría ontológica, ya que es cuestión de ser, viene la categoría del agujero, que tiene relación con la falta en ser y que sin embargo pertenece a otro registro ontológico.

Ontología semántica

Me veo obligado a pensar la relación, la filiación y también por otro lado la diferencia entre la falta en ser y el agujero, a partir de lo cual Lacan en su última enseñanza, quería definir lo simbólico mismo, definirlo como agujero. Que haya recurrido al nudo para representar lo que yo llamaría, para divertirme un poco, el estado de su pensamiento, sólo hizo que esta categoría del agujero se vuelva más insistente, puesto que cada uno de los redondeles de cuerda de los que se apropiaba, podemos considerar que está tejido alrededor del agujero. Lo que puedo entrever desde el punto en que me encuentro, es que la renuncia a la ontología lo condujo de la falta en ser al agujero y que esto es algo que queda por pensar; y el punto en el que estoy, es también el punto en el que me encuentro en lo que practico, en mi ejercicio del psicoanálisis y veo allí que he evolucionado.

Mi primera práctica estaba regulada por el deseo, entendido como lo que se trata de interpretar, sin desconocer –instruido como estaba por Lacan –que interpretar el deseo es también darle un ser, en eso la interpretación es creacionista. Si mi práctica ha evolucionado no es por haber abandonado la interpretación del deseo, sino porque ya no está regulada por él; está regulada a partir de un término del que no podemos valernos para acordarle un ser, es un término que destituye al analista del poder creacionista que la interpretación del deseo le confiere, que es una cierta potencia de la palabra –de la suya –que sin duda hay que aprender a adquirir. Es lo que se enseña en los controles. Lo que esencialmente se enseña después de todo no es el arte del diagnóstico, incluso si esto constituye la preocupación del debutante que quiere saber con qué tipo de sujeto tiene que vérselas. Pero lo que esencialmente se enseña, lo que tratamos de pasar al practicante es el método para que su palabra adquiera potencia, que pueda ser creacionista.

* Publicado con la amable autorización de J.-A. Miller en la Revista Lacaniana de Psicoanálisis Número 17, Noviembre de 2014, Grama Ediciones.

La versión no ha sido revisada por el autor. Clase del 11 de mayo del 2012 del curso El Ser y el Uno, de Jacques-Alain Miller.

Si resumimos, este método es muy elemental, es necesario aprender a callarse. Hace falta que la palabra sea escasa para que pueda llegar, para que pueda retener la atención del paciente, incluso si esta atención que conlleva hará que esté al costado de lo que surge para él como formación del inconsciente. Dice Lacan en su último texto publicado –que ustedes pueden leer en los *Otros escritos*, en la página 599–: “Pero basta que se le preste atención para salir de él”, y sin embargo es lo que se trata de obtener a partir de la interpretación. Pero les decía que hay un término del que ustedes no pueden adueñarse para otorgarle un ser, ese término es el goce. Allí ustedes deben desistir de cualquier intención creacionista y deben volverse más humildes. Interpretar es un término que aquí desfallece. Habría que sustituirlo por algo como ceñir, constatar. Ese vocabulario no me satisface, quisiera llegar a encontrar el vocabulario que mejor dijera aquello de lo que se trata para el analista en relación con este término que sobrepasa la ontología. Lacan decía: “...por supuesto, tengo mi ontología –¿por qué no? –como cualquiera la tiene, ingenua o elaborada”. Cito el Seminario *Los cuatro conceptos fundamentales*, página 80.

La enseñanza de Lacan, la que se enseña, se sostiene a nivel de la ontología. Cuando en su última enseñanza él desistió de ella, en cierto sentido se perdió el control, y por esa razón quiero permanecer en este punto antes de tratar de avanzar.

Lacan inscribió su ontología en la tentativa de Freud de dar cuerpo a la realidad psíquica sin sustantificarla. Precisamente no sustantificar la realidad psíquica es no psicologizarla, y ninguno de los esquemas que Freud propuso para articular la realidad psíquica debe dar lugar a una diferenciación del aparato, incluyendo el esquema del huevo que ilustra su segunda tópica –yo, ello y superyó–. El que no se trate aquí de sustancia, es decir de aparato diferenciado en el organismo para encarnarlo, conduce a rechazar las tentativas de asentar la teoría freudiana en una investigación del funcionamiento del cerebro. No faltan en nuestros días los investigadores que intentan validar las intuiciones de Freud, tratando de ubicar las instancias que él distinguió gracias a las imágenes a las que la tecnología, desarrollada en los últimos decenios, da acceso. Se trata de una tentativa para dar cuerpo a la realidad psíquica sustantificándola. Lacan, por el contrario, trató de elaborar lo que podríamos llamar un ser sin sustancia. ¿Qué quiero decir con esta expresión? Es un ser que no postula ninguna existencia. No es seguro que el término existencia sea más claro que el término sustancia. Precisemos entonces. En el fondo, es el concepto de un ser sin real, o digamos, un ser, el del sujeto, que no se inscribe sino diferenciándose de lo real y postulándose a nivel del sentido.

A ese nivel se sostiene la ontología de Lacan. Es una ontología semántica. Lacan fue a buscar en Freud con qué sostener el término ser. Tuvo que examinar la obra de Freud, que no es pródiga en tales referencias, y la encontró en la *Tramdeutung*, en el capítulo 7 apartado E, titulado “El proceso primario y el secundario”. La represión, y entonces bajo su pluma, encontramos la expresión *Kern unseres Wesens*, el núcleo de nuestro ser. Lacan se apoderó de esto, se apoderó de este hapax porque –por lo que sé –nunca fue dicho más que una vez por Freud. Se apoderó de este término para decir que la acción del analista va al corazón del ser y que por esto él mismo está implicado.

Para captar la cuestión de la que se trata, podemos referirnos a ese pasaje de Freud que ustedes pueden encontrar en la página 131 de la última traducción de la *Traumdeutung* por Jean-Pierre Lefevre en Ediciones Seuil, traducción que habiendo comenzado a examinar, la encuentro eminentemente recomendable.

¿Dónde se inscribe exactamente la expresión, el núcleo de nuestro ser? Se inscribe –abrevio porque sería necesario hablar del conjunto del capítulo, del conjunto de esta parte E pero...– se inscribe en la diferencia, en la separación que distingue Freud entre los dos procesos psíquicos, primario y secundario. Poco importa en el fondo cómo los define.

Define el proceso primario como aquel que tiene como objetivo derivar la excitación, etc. Reconoce el carácter ficticio de su construcción, dice: "No sabemos que exista ningún aparato psíquico cuyo único proceso sea el primario, por lo tanto el suponer su existencia es una pura ficción teórica"¹.

Pero el carácter de ficción no impide pensar que los procesos secundarios –pasa al plural– se desarrollen paulatinamente después; por lo tanto tiene la idea de una orientación temporal. Está lo primero y lo que sigue y entre los dos, hay una laguna, una distancia.

Los procesos secundarios se desarrollan después e inhiben, corrigen, dominan, los procesos primarios. No retengamos más que esto. La idea es que hay lo primario y que luego viene como por encima a implantarse un aparato que opera sobre este dato primario, y que explica que hay algo como el inconsciente, que el inconsciente no es un libro abierto.

El ser es sentido

Y entonces introduce la expresión "el núcleo de nuestro ser" y lo sitúa a nivel primario, es decir, antes de que intervenga un aparato, una configuración susceptible de retener esos procesos, de desviarlos, de orientarlos. El núcleo de nuestro ser, para él está a nivel primario, en tanto que ese nivel primario estaría constituido –traduce Lefevre –por movimientos deseantes inconscientes que, precisa Freud, surgieron de lo infantil. Si inventamos una ontología podemos situarla así: el núcleo de nuestro ser es del orden del deseo, un deseo que permanece imposible de captar y de refrenar, a despecho de lo secundario que se implanta luego.

De tal modo que para Freud, la realidad psíquica está obligada a plegarse al deseo inconsciente. Dice que hay una suerte de dominio, y Lacan hará que esto se transmita incesantemente: incluso en sus esquemas de los cuatro discursos, insistirá en escribir que el significante es impotente para dominar el saber inconsciente. Dominio imposible, sólo le está permitido al proceso secundario dirigir, hacer desviar los procesos primarios hacia lo que él llama fines más elevados, lo que más tarde llamará la sublimación. Solo voy a retener esto: para Freud el núcleo de nuestro ser está al nivel del deseo inconsciente y ese deseo no puede ser dominado ni anulado jamás, solo puede ser dirigido, y es lo que Lacan se proponía hacer cuando anunciaba el pensamiento de su práctica bajo el título "La dirección de la cura". La primera enseñanza de Lacan, la que comienza con "Función y campo de la palabra y del lenguaje", aquella que ha marcado los espíritus, que ha marcado la opinión, culmina en el fondo en una enseñanza que conduce al deseo como lo que constituye el ser del sujeto. Dado que yo trato precisamente de hacer tambalear esta ontología lacaniana, como lo hizo el mismo Lacan, que se vio llevado a sobrepasarla, voy a extraer de estas consideraciones una definición ontológica según la cual el ser, es el deseo.

Es la razón por la cual, cuando Lacan señala la expresión de Freud el núcleo de nuestro ser, puede decir –a manera de inciso–: "Que aquellos cuyos votos se dirigen hacia nuestras armas no se inquieten por mí, ante el pensamiento de que me ofrezco aquí una vez más a unos adversarios siempre felices de mandarme de vuelta a mi metafísica"². Lacan, en el fondo, desafía a esos adversarios pavoneándose con esa metafísica. Encuentro aquí la misma expresión que lo muestra asumiendo su metafísica en el discurso con el que presentaba su Informe de Roma sobre "Función y campo de la palabra y del lenguaje".

Evocaba entonces al analista debutante, al que su psicoanálisis personal dice –utilizaba esta expresión –no le resulta más fácil que a cualquier otro hacer metafísica de su propia acción. Hay que entender allí el enunciado de su ambición, hacer metafísica de la acción analítica, es decir, asignar el ser sobre el cual se lleva a cabo esa acción, y diré incluso que el término acción implica aquí el de causa. ¿Cómo puedo, a partir de lo que hago como analista, ser causa de una mutación, de una transformación, de un efecto eficaz que toca el núcleo del ser? De entrada prevenía de

abstenerse de hacer metafísica de la acción analítica, lo que sería escabroso pues querría decir hacerlo, sin saberlo. Lo que se parece al argumento según el cual hay que filosofar, porque si no hiciera falta filosofar, de todos modos hay que filosofar para mostrar que no es necesario filosofar. Es un argumento del que no se puede salir cuando situamos esa dimensión. De este modo concebía Lacan, en el comienzo mismo de su enseñanza, lo que llamaba una metafísica y que no se puede no hacer metafísica del psicoanálisis.

¿Cómo entenderlo? ¿Cuál es el ser sobre el que se pretende actuar por medio del análisis? Es en la vía de esta interrogación que encontramos la función de la palabra. El psicoanálisis implica que se actúe por la palabra, pero la intensidad con la cual Lacan promovió la función y el campo del lenguaje se sostiene en que para él, esta asignación lingüística estaba inscrita en el marco de la metafísica del psicoanálisis. Se lo quiso reducir a una explotación de la lingüística, mientras que la cuestión que lo animaba en lo que surgió como una respuesta, la función de la palabra y el campo del lenguaje, era la cuestión metafísica. Se trata del ser sobre el que esta operación pretende actuar, y entonces, aplica un axioma según el cual no puede haber acción de un término sobre otro si no son homogéneos. Debe haber allí homogeneidad entre la acción del analista y el ser al que se aplica, si el análisis es eficaz, y que lo sea es el presupuesto empírico de su discurso. El psicoanálisis es eficaz. Como consecuencia debe haber homogeneidad, lo que quiere decir que es necesario que esta acción y el ser al que ella se aplica sean del mismo orden, sean del mismo orden de realidad, del mismo orden ontológico.

¿Qué es entonces esta acción? Lacan la centra e incluso la reduce a la interpretación, es decir a dar otro sentido a lo que es dicho.

Y si aislamos allí la interpretación como el núcleo de la acción analítica, entonces debemos decir que opera en el orden del sentido y la metafísica analítica debe implicar que el ser es sentido.

Dicho de otro modo, el psicoanálisis implica una ontología semántica y precisamente ese correlato de la interpretación, es un sujeto que no tiene ser sino por la interpretación, por el sentido y un ser variable en función del sentido. No hay allí nada que sea del orden de la sustancia, nada que tenga permanencia.

Distancia entre real y sentido

Entonces, ¿cómo pensar este ser del sentido sino como algo distinto del orden de lo real? Podemos hablar en términos de intuición, en términos de axioma, esa es la posición primera que orienta a Lacan, como él lo formula –pueden encontrarlo en los *Otros escritos*, página 150, “...la distancia que ella supone entre lo real y el sentido que les es dado...”. Esta distancia es la distancia entre dos órdenes, el de lo real y el del sentido. Lacan comentará incesantemente esta distancia que muestra el hiato que existe entre lo real y el sentido que le es dado, y que hay allí, para utilizar un término de Saussure, algo arbitrario. Llegado el caso, querrá incluso reconocer una libertad del sujeto. En todo caso, lo real no decide el sentido. Entre lo real y el sentido hay una laguna, un hiato que nos permite reconocer lo que llamamos dos órdenes o dos dimensiones que no se comunican.

De la misma manera que a partir de Descartes se podía distinguir el alma y el cuerpo y plantear además su unión, aquí en la primera enseñanza de Lacan, están lo real y el sentido pero no hay unión entre ellos, y el pivote de la acción analítica es dar sentido. Eso supone una escucha del paciente que se hace en esos términos, que está enmarcada por la atención puesta en el sentido dado por el sujeto, a lo que le fue dado en el nacimiento, así como en los acontecimientos que escandieron su desarrollo, cualesquiera sean las modalidades semánticas según las cuales comunica lo que vive y la atención puesta de este modo en las variaciones del sentido dado.

En segundo lugar, del lado de la interpretación, del lado de lo que ustedes tienen que hacer, también se trata de dar sentido. Esto es homogéneo al dar sentido que incesantemente efectúa el paciente, pero es un dar sentido que tiene por objeto realizar un advenimiento de ser, es decir posibilitar ser a lo que no era, pero que ustedes pueden inferir que quería ser; eso podía ser y trataba de ser y el sujeto, entre comillas, no se lo confesaba. Por lo tanto, como analistas ustedes están en relación con este menos ser que no se ha realizado y del que ustedes serían el partero, el que permite devenir al ser. Se trata de un hacer ser que pasa por la acción de la palabra.

Evidentemente Lacan encontraba allí todo lo que había podido elaborar como los poderes poéticos de la palabra para hacerlo contrastar con su valor realista y la puesta en valor, por el contrario, de la creación. De entrada Lacan evocaba este ser como tomado en el engranaje del hilo de las leyes del "blabla". Así lo llamaba y luego, trató de deletrear las leyes del blabla, particularmente dando un esquematismo de la metáfora y de la metonimia. Es decir todo un aparato, toda una mecánica de leyes que presentó con la construcción de los + y de los-; lo articuló como una arborescencia en un gráfico, el grafo del deseo; lo transmitió de diversas maneras a las que podemos adherimos por el valor propio de cada una. Pero el hilo conductor, es la doctrina del inconsciente que subyace allí, el inconsciente pertenece al orden del sentido, en tanto que fenómeno de sentido, en tanto fenómeno semántico y en su discurso inicial, Lacan emplea este término, fenómeno, a propósito del inconsciente, fenómeno -y yo agrego- semántico.

He pasado mucho tiempo articulando, desarticulando, rehaciendo las construcciones de Lacan que conciernen a los engranajes lingüísticos y cada una merece retenerse por lo que es. Apunto a un nivel más elemental, un objetivo primario, un abordaje inmediato de lo que se trata en nuestra práctica y que sostiene las construcciones de Lacan en toda la extensión de su enseñanza, y que hace equivaler inconsciente y sujeto, es decir que el inconsciente como el sujeto -o en tanto sujeto -tiene que ser.

Evidentemente es una intuición muy restringida, pero que sirve para sostener la experiencia analítica en su sucesión en la serie material de las sesiones. Se trata allí de producir ser a partir de lo que podemos suponer que es una falta en ser, y el deseo freudiano que califica el núcleo de nuestro ser toma de este modo el sentido de un deseo de ser, de un deseo ontológico.

¿Qué es lo que puede conferir el ser al deseo de ser? La primera respuesta de Lacan es el reconocimiento. El deseo como deseo de ser es un deseo de reconocimiento, en tanto que sólo el reconocimiento puede conferirle ser. Reconocimiento quiere decir que está ratificado por el Otro de la palabra, que está ratificado por el Otro a quien se dirige, por aquel que lo interpreta. Entonces, reconstruyo aquí una lógica primaria que sostiene la primera enseñanza de Lacan, donde aparece el reconocimiento que es un término que Lacan heredó de Hegel. Podemos decir en ese sentido que el reconocimiento es la satisfacción del deseo, entonces el análisis puede llegar a su fin, y lo encuentra, en la satisfacción que procura este reconocimiento. Mucho más tarde, Lacan dirá también que el final del análisis es un asunto de satisfacción, incluso en su último escrito publicado que cité hace un momento. Pero una satisfacción a mucha distancia de la que aquí señalo.

Del reconocimiento a la causa

Entonces, ya en la primera enseñanza de Lacan, hay una ruptura, un franqueamiento, un más allá del reconocimiento -y esto en un punto muy preciso que podemos encontrar en su escrito "La dirección de la cura" donde evoca el reconocimiento y también se quita ese lastre -en el momento en que diferencia deseo y demanda. Allí se da cuenta de que el reconocimiento

es lo que demanda el deseo, pero el deseo va más allá de la demanda y ninguna satisfacción de la misma, incluso la de la demanda de reconocimiento, puede satisfacerlo. A partir de aquí se produce un desplazamiento que va del reconocimiento del deseo a su causa, y la promoción por parte de Lacan del término causa viene al lugar del reconocimiento: se trata de un desplazamiento ontológico. Momento en el que Lacan no se satisface con definir el núcleo de nuestro ser a partir del deseo inconsciente, a contrapelo de lo que había pesquisado en uno de los primeros escritos de Freud, la *Traumdeutung*.

Este desplazamiento ontológico se produce cuando parece que el deseo no es más que un efecto, no es una razón última, no es la última ratio del ser sino un efecto de significante, es decir, tomado en los carriles de la metonimia. El escrito "La instancia de la letra..." y la definición del deseo que allí se propone, se inscribe en falso en relación con la dialéctica del reconocimiento. Esta construcción inscribe el deseo a nivel de la significación con su valor de remisión, y Lacan lo transcribió en esta fórmula: entre significante y significado no hay emergencia, no hay aparición, hay un significado retenido que se escribe con un signo menos entre paréntesis.

S(-)s

Este efecto metonímico –que se diferencia del efecto metafórico, se escribe de la misma manera pero con un signo + que indica la emergencia del significado retenido.

S(+)s

En ese efecto metonímico encuentra la falta en ser a partir de la cual definía el deseo, pero aquí se trata de un deseo incompatible con la palabra. Un deseo que corre debajo de todo lo dicho y esto para decir que es un deseo incompatible con el reconocimiento, al que ningún reconocimiento puede extinguir. Es un deseo que no puede interrumpirse al confesarse. Es como un fantasma de la palabra.

Al pasar del reconocimiento a la causa, Lacan desplaza también el punto de aplicación de la práctica analítica del deseo al goce.

La primera enseñanza se asienta en la falta en ser y en el deseo de ser, y prescribe un cierto régimen de la interpretación, digamos que es la interpretación del reconocimiento. Se trata de la interpretación que reconoce el deseo sobreentendido y lo exhibe. Hay que decir que cada vez que nos ocupamos en interpretar un sueño practicamos la interpretación del reconocimiento. Pero hay otro régimen de la interpretación que no se dirige al deseo sino a la causa del deseo, y esa es una interpretación que trata al deseo como una defensa, que trata a la falta en ser como una defensa contra lo que existe y lo que existe, al contrario del deseo que es falta en ser; es lo que Freud abordó a partir de las pulsiones y a lo que Lacan le dio el nombre de goce.

Freud, sin duda, negó la existencia a las pulsiones diciendo que no eran sino múltiples, que eran nuestros mitos: comprendemos esto como un "no es lo real". Pero precisamente Lacan lo desmiente, interpretando a Freud. Decir que las pulsiones son míticas no es remitirlas a lo irreal sino que se trata de un mito real, que hay real bajo el mito, y lo real que hay bajo el mito pulsional, es el goce.

El goce viene de la Cosa

Lacan dio una fórmula a esta ruptura, fórmula que he señalado hace tiempo: el deseo viene del Otro, el goce viene del lado de la Cosa (con mayúscula). Esto quiere decir que el deseo depende del lenguaje y de lo que en el campo del lenguaje, allí donde éste es comunicación, se refiere al Otro.

La Cosa en cuestión no es la verdad freudiana, la que dice: "yo la verdad hablo", la Cosa es lo real al que se le da sentido y al que, más allá de su primera enseñanza, Lacan arribó. El primer real, que se distingue del dar sentido y sobre el cual se ejerce la acción de dar sentido, es el goce.

Este lado de la Cosa donde se inscribe el goce es el síntoma, es decir lo que resta cuando el análisis termina (en el sentido de Freud) y también lo que resta después del pase de Lacan, después del desanudamiento del sentido.

La metafísica de la acción del analista, lo que yo llamé su ontología semántica, apunta al deseo como núcleo del ser, es decir a un sentido, y es ese núcleo el que se alcanza por el pase, esencialmente designado por la aparición de una falta en ser, que Lacan llama la castración, porque interpreta ese término freudiano en el marco de su ontología. Incluso cuando indicaba, proponiendo el pase, que ese núcleo era posible escribirlo de otro modo, a minúscula, que es una escritura positiva, hay que notar que sólo tomaba para él su función a partir de la falta en ser, como un obturador de la falta en ser.

Por lo tanto, el pase aún estaba dominado por la cuestión de la falta en ser. El pase está separado de la idea del reconocimiento porque a partir del momento en que definimos el deseo como una metonimia, el reconocimiento del deseo pierde su valor. No puede haber reconocimiento del deseo definido como una metonimia. Y en lugar del reconocimiento de un deseo que adviene al ser, Lacan instalaba con el pase, el reconocimiento de la falta en ser y especialmente, el reconocimiento de la falta en ser del deseo. Por eso decía que vemos en el pase una deflación del deseo. Quiere decir que en el pase terminamos por circunscribir ese menos entre paréntesis y a darle valor de castración, y también lo que permitió hacer la soldadura entre significante y significado: el objeto a . Por lo tanto, lo que Lacan llamaba el pase, incluso trabajado por las tensiones y tomado en su ontología, está todavía dominado por la noción del ser y de la falta en ser. Será en la última enseñanza de Lacan cuando se producirá una renuncia a esta metafísica y a esta ontología.

Todo lo que evoqué aquí, todo lo que he tratado de recuperar para poder avanzar, todo esto está dominado en mayor o menor medida por los avatares de la falta en ser.

El franqueamiento: Hay lo Uno

¿Cuándo franquea Lacan los límites de esta ontología? Lo hace en el momento en que dice Hay lo Uno (Yadl'Un). Quiere decir que no se trata de una falta, al contrario, eso no es el ser, no dice, allí es. Por otra parte, va a buscar sus referencias mucho más acá de Descartes, mucho más acá de la metafísica moderna. Va a buscar sus referencias en Platón, incluso en los neoplatónicos y se abstiene de decir el Uno es, como ellos mismos lo hacen. Dice Hay (Ya), haciendo apócope del él. Este Hay (Ya) es una suerte de lunfardo. Esta jaculación es una posición de existencia y si queremos, es un volver a decir.

Hay lo Uno es volver a decir la función de la palabra y el campo del lenguaje, reducidos a sus raíces, reducidos al puro hecho del significante en tanto que pensado fuera de los efectos de significado y por lo tanto, fuera del sentido del ser.

Se trata de algo enorme, porque lo que hemos aprendido con Lacan a reconstituir como la historia del sujeto, era precisamente las aventuras del sentido de su ser y eso no se puede evitar. No digo que haya un cortocircuito, no digo que podamos abstenemos de eso en la práctica,

sino que en el horizonte de los avatares del sentido del ser, hay un Hay, hay un primado del Uno, mientras que lo que creemos haber aprendido de Lacan es el primado del Otro de la palabra que es tan necesario para el reconocimiento del sentido. El Otro, aquel que ratifica el sentido de lo que es dicho en el deseo, y bien, aquí el deseo pasa a segundo plano, pues el deseo es el deseo del Otro y en el fondo, la verdad que se desprende del pase de Lacan es esa, da la clave de la deflación que se produce del deseo, el deseo no ha sido nunca otra cosa que el deseo del Otro y por esta vía el Otro, que nunca fue sino imaginado, se evacúa con la consistencia del deseo.

Hay simplemente un después, nos vimos forzados a constatar que había un después y ese después era precisamente que el sujeto se enfrenta con el Hay lo Uno una vez que ha terminado con el Otro, una vez que tiene la solución de su deseo, es decir que ya no se interesa más en él, que lo ha desinvertido: sin embargo persiste el Hay lo Uno y ese Hay lo Uno, como lo tomo aquí, es precisamente el nombre de lo que Freud aisló como los restos sintomáticos.

Lo que viene al primer plano con el primado del Uno es el goce, el goce del cuerpo que llamamos el cuerpo propio y que es el cuerpo del Uno. Se trata de un goce que es primario, en el sentido de que no es más que secundario el que sea objeto de una interdicción, y Lacan llegó hasta el punto de sugerir que era la religión la que proyectaba sobre el goce una interdicción que Freud había ratificado.

Llegaba al punto también de pensar que la filosofía había entrado en pánico ante el goce –era su término– y que al entrar en pánico frente a este goce, se había enterrado bajo una masa de sustancia; a falta de pensar la sustancia gozante, su permanencia, su existencia, que es rebelde a la dialéctica que introduce el significante cuando se lo toma con sus efectos de significado, entonces, le toca al psicoanálisis la tarea de circunscribir este goce.


Lacan pudo escribir una frase que solo llego a explicarme ahora, haciendo esta lectura hacia atrás, *Otros escritos* página 533: "...el goce viene a causar lo que se lee como el mundo...". Eso quiere decir que el goce, en el fondo, es el secreto de la ontología, es la causa última de lo que se presenta como el orden simbólico a partir de lo cual la filosofía hizo el mundo.

Entonces hay una oposición entre ontología y goce. La ontología da lugar a lo que quiere ser e implica, trae aparejado también lo posible, en tanto que el goce pertenece al registro de lo existente, y por eso Lacan pudo decir en su última enseñanza que el psicoanálisis contradice el fantasma sobre el que descansa la metafísica –¡quizá sea yo el que ha dicho eso!– contradice el fantasma que consiste en hacer pasar el ser antes que el tener, página 591 de los *Otros escritos*, y agrego: es el fantasma en el que descansa la metafísica en tanto que tenerlo es ante todo tener un cuerpo.

¿Podemos decir que el sujeto lacaniano no tenía un cuerpo? No, pero solo tenía un cuerpo visible, reducido a su forma, a la pregnancia de su forma y el deseo estaba indexado sobre la forma del cuerpo. ¿Con la pulsión, con la castración, con el objeto a, el sujeto, reencontraba un cuerpo? Solo lo encontraba sublimado, trascendido por el significante. Antes de la última enseñanza de Lacan, el cuerpo del sujeto era siempre un cuerpo significantizado, vehiculado por el lenguaje. Se trata de otra cosa muy diferente a partir de la jaculación. Hay lo Uno, porque el cuerpo aparece como el Otro del significante, en tanto que marcado, en tanto que el significante hace en él acontecimiento; este acontecimiento de cuerpo que es el goce, aparece como la verdadera causa de la realidad psíquica.

Utilizo esta expresión no sin haberme preguntado desde cuándo tenemos una realidad psíquica. No es del todo claro que en el tiempo al que Lacan se remite para dar sentido a su Hay lo Uno, Pitágoras, Platón, Plotino, no es para nada claro que tuvieran en esa época una realidad psíquica.

Las ideas del sujeto no existían en absoluto para los Escolásticos. Las ideas del sujeto comienzan a existir a partir de Descartes, y a partir del momento en que entendió la causalidad



hasta el punto de pensar juntos el ser y la existencia, como equivalentes en relación con la causalidad. Y bien, creo que debemos volver a la causalidad en relación con esta cuestión, para dar un sentido a la realidad psíquica. Lo que deja en suspenso cómo definir el deseo del analista.

Cuando Lacan invocó el deseo del analista era precisamente para conducir el ser, el ser como inconsciente, es decir lo que está reprimido, a su manifestación completa. Lo reprimido como lo que quiere ser, como ser virtual sólo en estado de posibilidad, recurría al deseo del analista como una x por venir a existir y entonces, podemos decir que en relación con el paciente, el analista tenía su lugar marcado precisamente por sostener el deseo del Otro como pregunta para hacerlo advenir. La posición del analista, cuando se confronta con Hay lo Uno en el ultra pase, no está ya marcado por el deseo del analista sino por otra función que nos será preciso elaborar y de la que vamos a ocuparnos más tarde.

Traducción: Silvia Baudini

Orientación – Textos

hacia las #31 Jornadas Anuales de la EOL

CARTEL ORGANIZADOR

Alejandra Loray

Juan Mitre

Luciana Rolando

Eugenia Serrano

Marisa Morao (Más Uno).

jornadaseol.ar

